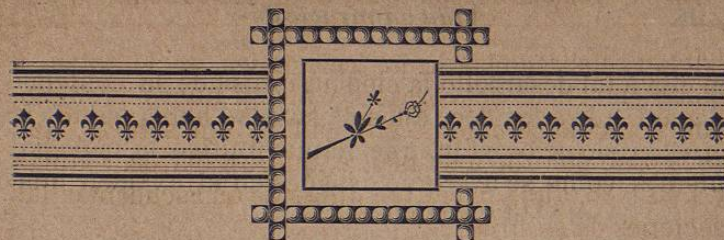


habían celebrado las bodas celestiales, se le volvió á poner en el dedo del corazón; y no sin nuevo prodigio; porque fué la ceremonia tan oculta y tan secreta, que se le pasó por alto á su madre, que estaba de rodillas y á su lado, aunque era tan diligente en escudriñar las acciones de su hija.



CAPÍTULO XIII

Rosa con el ejercicio continuo de la oración consigue admirable unión con Dios.

SI EL que se acerca á Dios se hace con él un espíritu, como enseñó San Pablo á los corintios, nos será lícito conjeturar el sublime grado de unión que tuvo Rosa con Dios. Continuamente estaba en su presencia, sin atender á otra cosa; tratándole con familiaridad por medio de la oración. Aun siendo niña, la unción interior del divino Espíritu la había enseñado á orar, infundiéndola tal fervor, que muchas veces ni aun el sueño de la noche pudo distraerla para pensar en otros objetos. De aquí que la oyeran muchas noches cuando estaba durmiendo repetir puntualmente el número de oraciones y devociones que había rezado cuando estaba despierta. Crecía en ella con la edad la oración, con la estatura del cuerpo la elevación del alma, y el ejercicio de los años pueriles era frecuentar seriamente la meditación. Por lo que con tan súbitos y tempranos aumentos llegó

en ella á tal desarrollo la ciencia infusa de la contemplación, que á los doce años de su edad había subido á aquel grado de oración, que llama unitivo la teología mística; como se averiguó después en el examen que se hizo de su vida y virtudes.

Se había acostumbrado á dos modos de oración. El primero y más principal era cuando desembarazando el cuerpo y el alma de otras ocupaciones, con suma quietud se recogía toda para hablar con Dios. El otro, cuando haciendo labor, y entre otras ocupaciones exteriores, fijaba en Dios toda su atención. Al primer ejercicio daba cada día doce horas, como arriba dijimos. El segundo era continuo en Rosa y sin interrumpirse; cuanto puede permitirlo la fragilidad de nuestra mortalidad. Fué dón de la diestra omnipotente de Dios, raro y singularmente admirable en la virgen, que en todas ocasiones, en todos tiempos, ya durmiese, ya velase, nunca se ausentaba de los ojos del alma la presencia del Esposo celestial. Cuando hilaba, tejía, cosía; cuando bordaba las más primorosas flores, cuando conversaba con los prójimos; mientras comía, leía ó andaba; en el templo, en el huerto, en casa, fuera, en la plaza, en la celda, en todas partes, estaba siempre mirando muy de cerca y como en un espejo la amable Majestad de aquel á quien sirven los ángeles, cuya hermosura admiran el sol y la luna. Y lo que excede todo discurso y admiración es que esta presencia de Dios ocupaba las potencias interiores de Rosa, sin causar abstracción de los sentidos que pudiese notarse. De suerte, que mientras dentro de sí hablaba con Dios, pudiese juntamente sin impedimento, tratar exteriormente con los de casa cuanto era necesario para la vida social y doméstica. Respondía á lo que la preguntaban seriamente, al punto y con orden. Conversaba expeditamente con todos, disponía lo que se había de hacer, obraba lo dispuesto con aquella facilidad, atención y prontitud que suelen observar los que únicamente están entregados á los negocios exteriores.

Ejemplo muy semejante había precedido en Santa Catalina de Sena, á quien Dios concedió esta gracia, y no es mucho la participase quien era tan perfecta discípula, cuando condenada á los oficios ruidosos de la cocina, fabricó en el retiro íntimo del alma aquella dichosísima celda de quietud imperturbable, donde nunca hallaron entrada los tumultos importunos de cuidados temporales. Así Rosa, toda fuera de sí al parecer, cuando exteriormente á ejemplo de Marta acudía diligente á los ministerios manuales de su estado, y al mismo tiempo toda dentro de sí, imitando á María, recreándose con el divino Esposo en el tálamo secreto del corazón, unía la perfección de las dos vidas de que habla el Evangelio. De aquí venía lo que observaron muchas veces las hijas del contador, que cuando Rosa estaba cosiendo, al levantar en alto la aguja y el hilo, juntamente con el brazo, parece que se elevaba el espíritu en éxtasis divino; y estando un breve espacio suspensa, en alto la mano, se volvía luego al mismo instante á la labor con tan acertado tino y con tal destreza, que se volvía la aguja al lugar que era necesario para que el trabajo resultase acabado.

Otra gracia no menos admirable se añadió á esta merced, que hemos referido, para que fuese colmada; y era, que mientras estaba orando no la distraían fácilmente los asuntos y quehaceres que no la pertenecían ó no la tocaban; como si para sólo ellos estuviese arrobada y entorpecida la atención de los sentidos. En consecuencia de esto notaron muchas veces en ella las otras beatas, que si una vez tomaba lugar en frente del altar mayor para orar con atención, aunque hubiese mucha gente en la iglesia se estaba inmóvil por muchas horas, clavados los ojos en el altar, no veía ni atendía á los que pasaban delante de ella, no volvía el rostro aunque repentinamente se hiciese ruido cerca de donde estaba; y si algo derechamente le tocaba en los ojos, ni movía las cejas, ni pestañeaba, ni cerraba los párpados, ni apartaba la cara. Parecía ciega, cuan-

do como águila real estaba mirando de hito en hito á su Sol divino. De aquí nacía la inmovilidad de peñasco que tenía el cuerpo de la virgen, cuando vacaba á la oración, ya estuviese en el templo, ya en la capilla del Rosario, ya en el oratorio de su casa. Porque en aquel mismo lugar y sitio en que al principio se ponía para orar, en el mismo la hallaban, sin haber hecho variación ni mudanza, después de algunas horas, y después de un día entero, y aun después de dos noches continuadas con sus días. La mujer de D. Gonzalo la halló puesta de rodillas á las cuatro de la tarde en el mismo rincón que al punto de mediodía había ocupado para el ejercicio santo de la meditación. Cuando asistía á la iglesia, estando descubierto el Santísimo Sacramento, ó por celebrarse las cuarenta horas, ó por alguna otra causa, se estaba en el lugar que había tomado por la mañana hasta la tarde, sin comer y sin moverse como si estuviese clavada. Cuando se encerraba Rosa en el oratorio del contador, desde el jueves por la mañana hasta el sábado y tal vez hasta el domingo, lo primero rogaba á Doña María de Usateguí que en todo aquel tiempo no la llamasen, aunque se ofreciese ocasión muy urgente; aunque su misma madre viniese á hablarla. Preguntándole la causa de encerramiento tan inviolable, respondió cándidamente: que ella todo aquel tiempo estaba inmóvil y que no podía tenerse en pie, ni levantarse, ni aún para abrir la puerta del oratorio, si alguno llamase.

Tres horas había escogido todos los días; una por la mañana, otra al mediodía y otra al ponerse el sol, que empleaba enteramente en dar gracias á su Dios. En ellas con afecto tiernísimo hacía memoria de los beneficios particulares que Dios la había concedido, admiraba la benignidad que Dios usaba con ella, adoraba la pródiga y larga liberalidad de tantos dones, gracias y carismas como la infundía; y á la verdad hallaba cada día nuevos motivos y nuevas mercedes de que hacer memoria su atento agradecimiento. Usó también muy

familiarmente cierto género de oración altísima, con el que repasando en su memoria por sus nombres los atributos gloriosos de Dios, iba dando á cada uno de por sí especial culto y reverencia de adoración. Y porque fiaba más del parecer ajeno que de su propio ingenio, fuese á un Padre de la Compañía de Jesús, teólogo piadoso y docto, y le pidió que recogiese de la Sagrada Escritura un compendio abreviado en que estuviesen contenidos los nombres de los atributos divinos. Hízolo así el piadoso Padre y recogió muchos. Mas á la virgen, según era grande su afecto, le parecían pocos y deseaba un haz muy crecido; y no se contentaba con un pequeño aunque curioso ramillete. Así, pues, alcanzó del P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana mayor suplemento, hasta llegar la suma al número de ciento cincuenta. Les dividió acertadamente la virgen en quince dieces, terminando cada uno con su Gloria Patri. Afirmaba después que esta forma de oración era de grande espanto á los demonios, y no es de creer que lo dijera, si no lo hubiera probado por experiencia propia. Finalmente con esta meditación de los atributos divinos respiraba el corazón de Rosa, dilatándose y recogéndose sus alas; y llegó á tanto aprovechamiento, que pudo alguna vez decir, aunque con la modestia que siempre guardaba, que cuando hacía labor, al dar cada puntada, daba á su Dios nuevo elogio, alabándole con uno de sus atributos.

Fuera de esto advirtieron los que la trataban, que estaba tan asida á la oración, que aún las mismas palabras con que comúnmente trataba á los más familiares, muchas veces las equivocaba; de modo que fuesen oración para con Dios y conversación para con los hombres; y lo que respondía cuando la preguntaban algo, juntamente era con frases propias del que está elevado en oración. Pongo por ejemplo: si cuando entraba en el huerto con otras mujeres, alababan aquella florista, respondía con agrado y cortesía: «Hermoso está el jardín y vistoso, Dios dé mucho aumento á sus flo-

res.» Ella lo entendía del vergel del alma, pidiendo aumentos floridos de virtudes. Así que dando á una proposición dos sentidos, con el uno daba satisfacción á las que le hablaban y con el otro se entendía ella á sus solas con Dios ingeniosamente. Esto mismo se observó en la virgen muchas veces y en materias muy varias; sin que casi en ninguna se le escapase esta santa y espiritual destreza de equivocarse, ni se le cayese una sola palabra de la boca que no fuese de oración y de provecho espiritual.

Aconteció una vez, que viniendo de la iglesia y hallándose mal dispuesta, para confortar el estómago, quiso tomar unos sorbos de caldo, y eran los ingredientes agua pura con pan rallado. Para encender fuego había ido á buscar un tizón á la cocina. Al volver con él en la mano, oyó que en la azotea cantaba un pajarillo con mil quiebros graciosos. Paróse la virgen, no desdenándose de oír á un músico de tal naturaleza, por lo mismo que se figuraba que cantaba con la arpada lengua dulces motetes al Criador, del modo que podía. Proseguía el avecilla en la armonía sonora, y con gorgoros bien acentuados duplicaba los tonos, suspendiendo el ánimo de cualquiera que le escuchara. Corrida Rosa, comenzó á reprenderse severamente á sí misma, á propósito de la música que estaba escuchando: «¿Cómo es esto, decía, que una criatura tan pequeña, un animalillo tan sin arte, se está deshaciendo en alabar á mi Criador y suyo, olvidado del sustento, y yo me pondré muy despacio á gastar el tiempo en guisar comida para mi cuerpo? ¿Qué monta lo que el Autor de la naturaleza comunicó á este pajarito, y con todo esto vedle aquí que pone todas sus fuerzas en tributarle alabanzas, y yo ocupo el pensamiento en comer; y no me da esto cuidado? ¿Con qué pagaré á Dios los muchos beneficios que me está comunicando? Volviendo luego los ojos al tizón que llevaba en las manos, vióle del todo extinguido y admiróse de haberse detenido tanto en la suspensión que hubiese sido bastante, para que poco á poco

llegase á apagarse. Creía que no podía exceder de medio cuarto de hora el tiempo que había gastado en escuchar al avecilla, y acaso se habían pasado algunas horas enteras. Por lo cual recogióse de nuevo dentro de sí, comenzó también ella á alabar á su Dios con tanto fervor, que poco á poco se fué enajenando hasta arrojarse en éxtasis, de que no se desembarazó hasta la tarde; siendo así que casi tres horas antes de medio día comenzó á escuchar la suave melodía del pajarillo.

Fuera cosa de risa y paradoja ridícula, si lo que Rosa persuadía á todos con tanto ahinco, no lo hubiera ejecutado por sí misma. Lo que principalmente aconsejaba al prójimo, lo que le repetía con más frecuencia era el ejercicio de la oración. A este santo ejercicio procuraba con todas sus fuerzas reducir entre otros á su hermano Fernando, prometiéndole colmados frutos, inestimables bienes á costa de poco trabajo. No dudaba él de los frutos que se esperaban; pero creía que las dificultades eran mayores que las que su hermana representaba ó quería que se creyesen. Juzgaba que eran hipérboles ó fábulas de la simplicidad santa de Rosa, cuanto ella afirmaba de este saludable ejercicio. No por eso desmayó la virgen, ni dejó de enseñarle el modo y el método con que podía en medio de las ocupaciones del siglo tener el ánimo fijo en la oración. Con igual diligencia leía y persuadía á otros que leyesen los piadosos libros que mejor tratan de la oración. Entre éstos daba el primer lugar á las obras eruditas de oración y meditación del P. Maestro Fr. Luis de Granada. Y para leerlos y darles muchas vueltas dividió los días de la semana, señalando con curiosos registros de varios colores, lo que á cada día tocaba. No con menor instancia y cuidado rogaba á sus confesores persuadiesen á sus penitentes con maña y con eficacia el santo ejercicio de la oración mental. Que los advirtiesen que es una oficina grande, llena de antidotos contra el veneno de los pecados, que con el uso de la oración se quita y

purga el espíritu, se curan las llagas de las almas y se abre puerta franca para entrarse en la despensa del divino Esposo, donde hay remedio, unguentos preciosos, olorosos, y fragantes regalos y medicinas para todos los achaques.

No contenta con estas diligencias, suplicaba encarecidamente á los Predicadores del Evangelio que procurasen encender en sus oyentes el fuego sagrado del deseo de la oración y que persuadiesen al pueblo la necesidad que tenía del uso de las meditaciones piadosas; y que empleasen toda la fuerza de su ingenio y argumentos, y todo el raudal y esfuerzo de su elocuencia en recomendar en público y en secreto la utilidad, la suavidad y excelencia de este ejercicio. Muy en particular robaba su afición el rezo del Rosario de Nuestra Señora, especialmente con aquel modo y forma que le introdujo en el mundo, instruido por la Reina de los Angeles, nuestro gran Patriarca; acompañando los padrenuestros y avemarías de que se componen los dieces con la meditación de uno de los principales misterios de nuestra redención. Amaba mucho esta forma de súplica, por hallarse en ella unidos lo vocal y lo mental, y todas las partes y afectos de la oración, que son petición, alabanza de Dios y hacimiento de gracias. Por la cual siempre traía rodeado al brazo un Rosario entero de menudas cuentas, armándose con él como si fuera brazaletes; y estábale rezando aún cuando estaba en conversación con otras. Aprovechó á muchos el ejemplo de Rosa, y la exhortación ardiente y continua para irse acostumbrando á frecuentar el ejercicio de las alabanzas divinas.

Este afecto y deseo de orar fueron en Rosa de energía tan poderosa que llegaron á obligar aún á las plantas insensibles, á los leños pesados, á los troncos mudos á que alabasen, reverenciasen y bendijesen á su Dios. Refiero una cosa inaudita. Cuando el alba rompía el negro manto de sombras de la noche y despuntaba el rosado crepúsculo por el oriente, cuando Rosa abría

las puertas del huerto para volver á ocupar, como anacoreta, su celdilla estrecha, al dar los primeros pasos convidaba en alta voz á los árboles y las plantas, á las hierbas y florecillas, para que todos la ayudasen á dar mil bendiciones al Criador, diciendo con el Rey salmista: «Benedicid al Señor todas las plantas que en la tierra os vestís de verdor, os adornáis de pimpollos y os coronáis con las flores.» Al punto comenzaban á moverse las ramas con rumor músico y ruido armonioso; al momento las hojas de los árboles batiéndose blandamente unas con otras aplaudían al Señor con dulce estruendo. Estremecíanse reverentes las cabezas de las plantas pequeñas, las legumbres más humildes, las flores más ufanas, los racimos de las yedras más poblados; con varias agitaciones y movimientos cobraban alma. No solo esto. La más erguida arboleda inclinaba hacia la tierra el pomposo copete, haciendo ademán humilde de abatirse á besar el suelo en reverencia de su Hacedor. Una mañana, cuando entraba en su huerto Rosa, íbala acompañando cierta persona de autoridad y de crédito. Apenas había entrado, cuando oyendo la acostumbrada invitación de Rosa, vió que humillándose á competencia los árboles, tocaban la tierra con las más empinadas copas y barrían lentamente el suelo; haciendo inclinación profunda á Dios con ceremonia y rito tan solemne como nunca visto de ios mortales. Espantada quedó la compañera de Rosa de este nuevo espectáculo, y mucho más, advirtiendo que no le hacía novedad; y porque ya sabía la virgen que era notorio el prodigio, por ser tan continuo, ni procuró encubrirle, ni pudo negarle; y así decía á quien le acompañaba: «Mirad, señora, si el admirable artífice del mundo es digno de que le amemos! Mirad si aquella eterna Majestad merece que le alabemos, reverenciamos y adoremos! pues estas plantas terrenas, estos rudos y toscos troncos, todas estas criaturas del modo que pueden, con susurros mal articulados, le cantan

himnos de alabanza y postrados le pagan tributo de reconocidas y humildes veneraciones.

Apuntaremos otro prodigio tan estupendo como éste, para terminar este capítulo. El último año que vivió Rosa en este mundo, durante toda la cuaresma, cerca de su aposento y en frente de la ventana, al ponerse el sol, se posaba un pajarillo pequeño en el cuerpo, admirable en los trinos y en la voz. Ocupaba en lo frondoso de un árbol una rama vistosa y estaba esperando allí á que le hiciesen señal para prorrumper en cánticos. Rosa en viendo á su músico vespertino, también ella se preparaba para ayudarle á cantar las alabanzas de Dios. Y luego, haciendo señas al avecilla, la convidaba á cantar, entonando ella primero el villancico que para este fin había compuesto, que decía de este modo:

Voz anhelante componga,
Himno de unidas cadencias;
Que sacrifique al Señor
La humilde alabanza nuestra.
Ensalza á tu Criador,
Yo á mi Salvador: y tenga
Dios nuestro en la aclamación
De dos: una reverencia.
Abre el pico y la garganta,
Demos en blandas cadencias,
Con alternado rüido
Dulce canto á voces tiernas.
Cómo te amaré, Señor,
Siendo yo tu criatura
Tú mi amante Criador?

En sonando los últimos ecos de Rosa, penetraba en la estancia el ruiseñor y con gorgoros inimitables, ensalzaba al Señor, que le había dotado de tan rara habilidad. Después de cierto tiempo daba lugar á las alabanzas de la virgen, callando de repente. Entonces Rosa, con plateada voz, como si fuera la de un ángel, proseguía con suavísima armonía las divinas alabanzas, reducidas á motetes que componía su ingenio, prodigio-

samente pronto y fecundo. Así alternaban dulcemente Rosa y el ruiseñor, no de paso ni por breve espacio. Duraba una hora entera la música con pausas tan ajustadas, que en cantando el avecilla, no desplegaba Rosa los labios, y en alzando ella la voz al aire, ni con un solo reclamo la interrumpía el pájaro. En llegando las seis de la tarde volaba el ruiseñor para volver el día siguiente á la misma tarea. Mas Rosa, felizmente presta y fácil en componer de repente versos, por ser el amor poeta, daba fin á la música con este metro, que era como el epílogo de todas aquellas alabanzas:

Por amarte padezco dulce violencia,
Que á quererte, Rey mío, la ley me fuerza;
No una ley, sino todas las leyes juntas,
Que eres Criador mío, yo tu criatura.

Acabado el tono, viendo que velozmente huía su músico, volviéndose á las amigas y compañeras, con sazón y donaire volvía á cantar:

Déjame la avecilla,
Huye el veloz cantor.
Mas siempre permanente
Conmigo esté mi Dios.

Baste esto para conocer la perfección admirable de la oración de Rosa; pues pudo obligar á que la hiciesen compañía, alternando con ella, las aves que vuelan por el aire, y las plantas inmóviles que están fijas en la tierra.

